Torres Bodet: carácter y trayectoria

José Woldenberg

Hace casi veinte años, Octavio Paz escribió sobre Jaime Torres Bodet: "el escritor y el hombre público merecen un conocimiento más profundo y una consagración más amplia y generosa. Torres Bodet, su obra y su persona, son parte —y parte imprescindible— de la literatura y la historia del México moderno".[1]

Fernando Zertuche nos entrega ahora una biografía, una semblanza, una revisión panorámica de la vida y obra de Torres Bodet. Sus cualidades: una obra tersa, comprensiva, evocadora, de los afanes de un hombre singular que alternó dos mundos no siempre conciliables: el de las letras y el de la función pública. Dos mundos en tensión que sin embargo en diferentes momentos han podido tender puentes de entendimiento fructífero.

Zertuche utiliza una fórmula pedagógica y transparente: abre y cierra el campo de visión, como el fotógrafo antiguo que modulaba la apertura del diafragma para recibir más o menos luz. Así pasa de la niñez de Torres Bodet a describir su circunstancia; de Torres Bodet a su familia; de Torres Bodet a sus jefes y compañeros. De esa manera el relato fluye con una difícil sencillez que por momentos está envuelta en un halo de calidez.

Hay rasgos de carácter y de trayectoria que hermanan al biografiado y al biógrafo: su convicción de que desde el mundo de las instituciones públicas mucho se puede y se debe hacer; que la moderación y el espíritu conciliador no sólo son necesarios para tender puentes entre extremos beligerantes, sino que son una virtud en sí mismos, dado que la verdad es evanescente, generadora en sí misma de contradicciones y polivalente; su trato correcto, sobrio, educado, templado, fruto de su educación y de la convicción profunda de que las relaciones merecen ser respetuosas, si no se desea *lumpenizar* la vida.

Fernando Zertuche va hilando las dos grandes dimensiones de la vida de Torres Bodet: escritor y funcionario público.[2] Una trama, las más de las veces secuencial, pero en ocasiones sobrepuesta. La biografía de Torres Bodet aparece así como el resultado de dos pasiones, dos pulsiones, que le ofrecieron sentido. Empecemos por el funcionario público.

Llama la atención la precoz incorporación de Jaime Torres Bodet a la función pública. Pero no se trata de algo singular, sino que buena parte de su generación se beneficia del "vacío" que deja el movimiento revolucionario. Destruido el viejo aparato estatal porfirista, derrotadas diferentes facciones revolucionarias, los hombres de Sonora, encabezados por Obregón, se instalan en la capital y voltean sus ojos a la Universidad para nutrir las filas de la emergente burocracia estatal. Torres Bodet inicia así una larga carrera como funcionario.

En una época en que la percepción pública sobre el trabajo desde las instituciones del Estado es más que adversa, cuando de manera inercial y machacona se insiste en hacer de la función pública sinónimo de una actividad venal e intrascendente, la trayectoria de Torres Bodet resulta expresiva de las potencialidades de la gestión pública. Claro está: cuando existen horizonte, propuesta, objetivos.

La campaña alfabetizadora en un país donde "el 48 por ciento de los mayores de seis años no saben leer ni escribir" se convierte en una polea para incorporar a miles

[1] Octavio Paz, "Poeta secreto y hombre público. Jaime Torres Bodet", *Vuelta* 186, mayo de 1992, p. 13.

[2] En 1920, a los dieciocho años, asume el cargo de secretario administrativo de la Escuela Nacional Preparatoria; en 1921 se transforma en secretario particular de José Vasconcelos; en 1922 es nombrado jefe del Departamento de Bibliotecas de la naciente SEP; en 1925 se convierte en secretario particular de Bernardo Gastélum, secretario de Educación y con posterioridad jefe del Departamento de Salubridad; en 1928 entra al Servicio Exterior como tercer secretario con destino a España, y en 1931 es ascendido a segundo secretario; ese mismo año es enviado a París y en 1932 a La Haya, para volver de nuevo a Francia, y en 1934 a Buenos Aires. En 1935, vuelve a París pero ahora como primer secretario y un año después es nombrado jefe del Departamento Diplomático de la Cancillería. En 1937, es designado embajador en Bélgica y abandona Europa en 1940. Asume el cargo de subsecretario de Relaciones Exteriores al inicio del gobierno de Manuel Ávila Camacho y en 1943 es nombrado secretario de Educación Pública. En 1946, es designado secretario de Relaciones Exteriores por el presidente Miguel Alemán y a fines de 1948 asume el puesto de director general de la UNESCO y dimite a ese cargo en 1952. En 1955, es nombrado embajador en Francia y en 1958 de nuevo asume el cargo como secretario de Educación, y cuando termina, en 1964, pone fin a su carrera como funcionario público.

Como escritor publica su poemario *Fervor* en 1918, es decir, cuando tiene apenas dieciséis años. En 1922, publica otros dos libros: *El corazón delirante* y *Canciones*; en 1923 *Nuevas canciones*, *La casa* y *Los días*. Su séptimo volumen de poemas aparece en 1924 con ese mismo título: *Poemas*. Tiene apenas veintidós años. Ese mismo año aparece el primer número de la revista *Contemporáneos*. En 1925, da a conocer otro libro de poemas, *Biombo*; y en 1927 su primera novela: *Margarita de Niebla*. La siguen *La educación sentimental* (1929) y un nuevo libro de poesía: *Destierro* (1930); luego las novelas *Proserpina rescatada* (1931), *Estrella de día* (1933), *Primero de enero* (1935), *Sombras* (1937) y *Cripta* (1937). Desde 1937 hasta 1949 deja de publicar poesía y vuelve a hacerlo con *Sonetos*, *Fronteras* (1954), *Sin tregua* (1957) y su último poemario: *Trébol de cuatro hojas* (1958). Sus ensayos sobre Stendhal, Dostoievski y Pérez Galdós son reunidos en *Inventores de realidad* en 1955 y ese mismo año publica el primer volumen de su autobiografía: *Tiempo de arena*. Luego aparecerán *Memorias, años contra el tiempo* (1969), *Memorias, la victoria sin alas* (1970), *Memorias, el desierto internacional* (1971), *Memorias, la tierra prometida* (1972).

de personas no sólo al alfabeto, sino eventualmente al ejercicio de la ciudadanía. Su idea de que cada hombre o mujer que sabe leer y escribir debe enseñar a una persona analfabeta las primeras letras, no sólo intenta extender el derecho a la lectura, sino eventualmente construir un mínimo sentimiento de solidaridad; de pertenencia a un proyecto común.

La reforma al artículo tercero constitucional subraya el deber ser de una educación ilustrada (no es pleonasmo), laica, gratuita, basada en los conocimientos de la ciencia y escindida de los credos religiosos. En esa operación se suprime el carácter socialista de la misma —que tantas tensiones generó en su día— pero se mantiene su aliento laico. Escribe Torres Bodet:

> La escuela no debe ser… ni un anexo clandestino del templo, ni un revólver deliberadamente apuntando contra la autenticidad de la fe. Nuestras aulas han de enseñar a vivir, sin odio para la religión que las familias profesen, pero sin complicidad con los fanatismos que cualquier religión intente suscitar en las nuevas generaciones.

Como un hombre ilustrado sabe que la escuela no puede ser la simple continuación de las enseñanzas hogareñas, sino en muchos casos representa una ruptura con ellas.

La *Biblioteca Enciclopédica Popular*, "modestos libros semanales" de los que se imprimen ciento treinta y cuatro números, está pensada para poner en contacto a los lectores con obras inalcanzables desde México y se distribuye gratuitamente entre los maestros rurales. Se trata de expandir un hábito al que se supone fundamental para el enriquecimiento de la existencia.

La instrucción primaria universal, con su correspondiente expansión del nivel básico, intenta, y con posterioridad logra, que un derecho universal esencial sea tal. El plan para multiplicar las escuelas normales y capacitar a los maestros que demanda la creciente necesidad de educación es otra pieza de su estrategia. Porque si la educación es un bien y la exclusión de la misma margina y excluye, son necesarias políticas inclusivas para hacer realidad las promesas constitucionales.

El libro de texto gratuito, tan combatido por editores y libreros y por la derecha militante, hace que miles de familias, por primera vez en la historia del país, entren en contacto con tan preciado instrumento. Y la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos se convierte en la palanca para aterrizar tan ambicioso programa. Cuando en 1960 se distribuyen millones de libros gratuitos en todas las primarias del país se puede afirmar que estamos ante una epopeya cívica que marcaría, para bien, la educación de varias generaciones.

Como secretario de Relaciones Exteriores, diseña una política internacional basada en los principios de "independencia, igualdad, soberanía y autodeterminación de los pueblos", en plena Guerra Fría. Frente a las pretensiones de sellar pactos continentales militares, Torres Bodet insiste en "la preeminencia de la colaboración económica y cultural". Se trata no solamente de no verse totalmente envuelto en la dinámica alineadora de las dos grandes potencias de la posguerra, sino de preservar grados de libertad para las naciones medianas y pequeñas. Cuando se funda la OEA —nos

Jaime Torres Bodet

Con José Vasconcelos, *ca.* 1921

dice Zertuche— "se evita el establecimiento de un comité militar".

En todas y cada una de esas acciones se puede rastrear la huella de Torres Bodet.

Pero no todo fue miel sobre hojuelas. La represión contra los maestros de la sección IX del SNTE, encabezados por Othón Salazar, no puede ni debe ser pasada por alto. Y Fernando Zertuche por supuesto que no lo hace. Incluso nos informa que en sus *Memorias* Torres Bodet omite el tema. Han pasado más de cincuenta años y hoy todavía debemos preguntarnos: ¿cómo la cancelación de las fórmulas democráticas en la vida de los sindicatos no sólo desvirtuó su función sino impactó al rumbo general del país?[3]

Pero hay otro Torres Bodet: el escritor, el ensayista, el poeta, el intelectual. Como parte de la constelación de talentos que reunió y dispersó la generación de los Contemporáneos, Torres Bodet expresa una sensibilidad cosmopolita, abierta al mundo y sus influencias. Él y sus amigos quieren trascender al México ensimismado, dejar atrás la recreación extrema de su singularidad, el nacionalismo estrecho, y para ello tienden puentes —que esperan sean de ida y vuelta— con lo más significativo de la literatura universal.

Carlos Monsiváis los considera "adelantados de los derechos de lectores y escritores. Escriben para disipar fronteras de muy variada especie, traducen para romper el cerco, no aceptan lo nacional como lo fatal, ven en el rigor formal el criterio que ubica a creadores y obras, y califican de verdadero tiempo perdido el que los separa de los suministros de la cultura occidental…".[4]

Y como parte de ellos y a la vez voz singular, la poesía de Torres Bodet es reflexiva, cuidada, íntima, sola. ("Viví sin ser… Y sólo me asegura, / entre tanta abstención, de que no he muerto / la fatiga de mí que hallo en las cosas"). Paz destaca de su prosa su fluidez, su claridad, su elegancia. Poco leído, el libro de Fernando Zertuche es también una invitación a su obra literaria.

Con Alfonso Reyes en la Alianza Francesa de México, 1959

Cuando Octavio Paz se acerca a las *Memorias* de Torres Bodet, en los seis volúmenes encuentra que "muchas páginas son brillantes, otras inteligentes y algunas conmovedoras", que ilustran "la historia agitada de nuestro siglo y nuestro país", pero se topa también con el silencio sobre la vida y los temblores íntimos del autor. Se pregunta:

> ¿El mundo obscuro del cuerpo fue para él una página en blanco? Es difícil creerlo. ¿Cuáles fueron sus sentimientos reales frente a su mujer y sus amigos, sus jefes y sus subordinados? ¿No se emborrachó, no traicionó ni fue traicionado, no deseó el fruto prohibido, no tuvo celos, no lloró?[5]

Fernando Zertuche, entiendo que por convicción, tampoco se adentra en esa dimensión. Respetuoso de la privacidad de vivos y muertos, no cree que lo fundamental de una vida como la de Torres Bodet se encuentre ahí. Y en una época en la que la vida privada de las personas de la farándula, los deportes, la política y la cultura parece despertar el apetito morboso y las pulsiones voyeuristas de una sociedad literalmente encantada con el espectáculo, vale la pena ponderar la reserva y el pudor de Torres Bodet y de Zertuche. En el primero, el recato es resultado de la firme creencia de que lo fundamental de su vida fueron sus textos —poesía, narrativa, crítica, memorias— y su labor pública. Y en el segundo, esa misma reserva proviene del respeto a la terca voluntad del biografiado.

Zertuche llega al final del recorrido y escribe el 13 de mayo de 1974:

> Don Jaime come con su esposa. Conversan respecto al viaje siguiente a Europa y después él se levanta porque tiene una cita médica. Pasa a su biblioteca; coloca la nota de despedida sobre un libro de anotaciones, en una pequeña mesa, y decide sentarse ante su escritorio, el lugar predilecto de trabajo, en el cual están colocadas las fotografías de su madre y de su esposa. Jaime Torres Bodet empuña un revólver y lo acciona en el interior de su boca.

Antes, sin embargo, había escrito una última nota: "No quiero ser molesto ni inspirar piedad a nadie. He cumplido mi deber hasta el último momento".[6] U

[3] Sobre el tema se puede consultar el libro de Aurora Loyo Brambila, *El movimiento magisterial de 1958 en México*, Era, México, 1979, 115 pp.

[4] Carlos Monsiváis, *La cultura mexicana en el siglo XX*, El Colegio de México, México, 2010, p. 170.

[5] Octavio Paz, "Poeta secreto….", *op. cit.*

[6] Una versión similar aparece en Guillermo Sheridan, "Una despedida de Jaime Torres Bodet" en *Señales debidas*, Fondo de Cultura Económica, México, 2011, p. 297.

Fernando Zertuche Muñoz, *Jaime Torres Bodet. Realidad y destino*, prólogo de Alonso Lujambio, SEP, México, 2011, 208 pp.